JUAN PÉREZ SEOANE

MANSO CORDERO!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ESCRITO EN FRANCÉS POR

MR. ALEJANDRO BISSÓN



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1899

MANSO CORDERO!

MANSO CORDERO!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

MR. ALEJANDRO BISSÓN

TRADUCIDO POR

JUAN PÉREZ SEOANE

Estrenado con aplauso en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 6 de Marzo de 1899



17

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1899

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA MATILDE....................	SRA. ESTRADA.
CECILIA..........................	SRTA. PAIMA.
DON ANTONIO......................	SR. GIL.
FLORO (1)........................	REIG.
EDMUNDO..........................	NORTES.

EPOCA ACTUAL

Derecha é izquierda; las del actor

(1) Este personaje deberá marcar el acento andaluz.

ACTO UNICO

Cuarto-galería, viéndose el jardín por los cristales del fondo. Muebles y mecedoras de capricho. A derecha é izquierda deberá haber colgadas dos panoplias con armas. Mesita al lado izquierdo, y, sobre ella, un tablero de ajedrez con las piezas colocadas. Puertas á derecha é izquierda, y en el foro la que da paso al jardín.

ESCENA PRIMERA

FLORO, CECILIA entrando; ella en traje de montar en bicicleta.

FLORO — De veras: ¿se ha incomodado usted?

CEC. — Debiera.

FLORO — ¿Por qué?

CEC. — Ya lo sabe.

FLORO — ¡Vamos, Cecilia! Acaba usted de tomar la tercera lección de bicicleta, y claro es que aún no domina la máquina, se inclina á menudo, va usted á caer y yo echo una mano...

CEC. — ¡Las dos! y aprieta de un modo...

FLORO — Por su bien lo hago.

CEC. — ¡Ah!

FLORO — ¿Lo duda usted?.. Pues bien: mañana no la toco... Ya veremos.

CEC. — No le pido que me deje caer.

FLORO — ¿Entonces?...

CEC. — Me parece que sería posible sostenerme sin necesidad de apretar hasta el punto de ahogarme.

FLORO No era tal mi intención.
CEC. ¿Y... el beso?
FLORO ¡Oh!... ¡En el pelo!
CEC. ¿Acaso también por mi bien?
FLORO Para terminar la lección, eso significaba; y ha sido tan ligerito como respetuoso, y, francamente, como profesor, he creído...
CEC. ¡Hombre! Será costumbre andaluza, porque he tomado lecciones de inglés, de gimnasia, de dibujo, de piano... y nunca he autorizado á mis maestros...
FLORO Eran gente pagada, mientras que yo...
CEC. ¡Cobra en especies!
FLORO No sea usted mala.
CEC. (Siempre alegremente.) Ni usted tan expresivo. Sólo lleva aquí ocho días, apenas me conoce...
FLORO Sólo deseo conocerla más y mejor.
CEC. Pues yo le ayudaré. Soy una personita muy sencilla, muy franca, nada romántica, muy pan, pan, y vino, vino...
FLORO ¡A la pata la llana!
CEC. ¡Eso! Detesto los enredos y los disimulos; los embrollos y las trapisondas...
FLORO Bien; pero...
CEC. ¡Déjeme acabar! Estoy por la verdad...
FLORO ¡Siempre!
CEC. ¡Oigame!... Mi padre y su tío de usted son antiguos amigos...
FLORO Desde la infancia.
CEC. Y por eso su tío le envía aquí para que mi padre, como ex-Diputado, le enseñe á usted la Economía política... como si la supiese; y como si en Sevilla nadie pudiera hacerlo. ¿No es así?
FLORO Perfectamente; así es.
CEC. (Sonriendo.) Poca fe tengo yo en esa.. Economía política.
FLORO (Sorprendido.) ¿Cómo?
CEC. ¿Y usted qué piensa?
FLORO ¡Yo!
CEC. ¿Cree usted en... eso?
FLORO (Riendo.) Francamente, no.
CEC. De modo que no siendo por mi padre... ni

por mi madre, á quien no conocía usted antes, yo me digo: ¿Por quién más que por mí puede haber venido Floro?

FLORO (Apurado.) ¿Cree usted?..

CEC. Esto es... lógica. Pues bien: es usted muy simpático, Floro, muy amable, y, sobre todo, muy divertido; pero yo... tengo ya novio.

FLORO ¿Tan pronto?

CEC. Hace mes y medio que mis padres están en el secreto.

FLORO Lo siento... lo siento mucho. Si en seguida me lo hubieran dicho...

CEC. ¿Lo ha preguntado acaso?

FLORO No.

CEC. Entonces...

FLORO ¡Es verdad!... ¿y cómo ha sabido usted que yo venía para...?

CEC. ¿Le sorprende? Escuche usted. Le he visto jugar al ajedrez con papá y perder con una constancia...

FLORO ¿Ha notado usted?

CEC. Como le he oído felicitar á mi madre por su buen gusto y celebrar algunos vestidos... desastrosos.

FLORO (Aparte.) ¡También lo ha reparado!

CEC. Cree la gente que las muchachas somos sordas y ciegas.

FLORO En fin: ¿tiene usted novio? Es un fastidio... ¿y le quiere usted?

CEC. Naturalmente.

FLORO ¿Mucho, mucho?

CEC. (Riendo.) Como la trucha al trucho.

FLORO ¡Buena suerte tiene!

CEC. ¡Muchas gracias! ¿No le ha molestado á usted esta pequeña... explicación?

FLORO No diré á usted que he tenido mucho gusto, pero... tampoco me ha incomodado.

CEC. Así nuestra situación está definida y es terminante. Me voy á vestir. (Sale por la derecha.)

FLORO (Medita un momento.) ¿Qué hago yo aquí? No me queda más que largarme. ¡Qué lástima! Y mal que me vendría la chiquilla... Es un cachito de cielo... guapa... rica... lista... y con

ese airecito decidido y vivaracho. Nada... es mi tipo. ¡Monísima! (**Entra Antonio por el foro, trayendo un cubito lleno de pintura roja y una silla pintada del mismo color.**)

ESCENA II

FLORO, ANTONIO, MATILDE

ANT. ¡Uf! Acabé la docena, (**Pone en el suelo el cubito de pintura.**) y puedo decir que están divinamente pintadas; (**Ensenando la silla.**) mire esta silla, querido Floro, ¿eh?... ¿qué me dice usted de ese color?

FLORO ¡Bueno, bueno!

ANT. ¿Qué tono rojo, eh? ¡Qué rojo!

FLORO ¡Bestial!

ANT. Dentro de tres días, cuando estén bien secas las sillas, les daré una mano de blanco... ¡ya verá usted qué blanco!... Francamente... ¿qué me dice usted de mi talento como pintor?

FLORO Pues... francamente, como manejara usted el dibujo como el colorido...

ANT. ¿Verdad?

FLORO Iría muy lejos.

ANT. Tal creo. (**Acercándose al tablero de ajedrez.**) ¿La revancha? ¿No le da miedo pelearse conmigo?

FLORO Vamos á pelear. (**Se instalan para jugar al ajedrez.**)

ANT. A usted le toca. Ponga cuidado, ¿eh? (**Juegan.**)

FLORO (**Aparte.**) ¡Vaya si es graciosa!... Y cuando pienso que hace dos meses... (**Juegan en silencio.**)

ANT. (**Haciendo una jugada.**) ¿Qué me dice usted de esta jugada?

FLORO ¡Canario! (**Aparte.**) Ni ve que su torre está amenazada. (**Juega.**)

ANT. Pues, ¿y de esta? (**Jugando.**)

FLORO (**Aparte.**) Juega como una zapatilla.

ANT. ¡Conque ha caído usted en mi lazo! (**Jugando.**)

FLORO (Aparte.) ¡Infeliz! A eso llama lazo. (Juega.) Toma, hombre. Haz jaque á la reina. (Antonio juega.) Quiá, no lo ha visto siquiera; pero anda, estúpido, da jaque á la reina. (Juega.) Como no se lo meta por los ojos. (Antonio juega.) ¡Que si quieres! Ya solo me falta decírselo... (Juega.) ¡Cualquiera pierde con éste!... (Matilde entra por la derecha con un vestido chillón de pésimo gusto.)

MAT. Conque, qué tal, ¿tiene usted hoy mejor suerte?

FLORO Así, así... ¡Caramba con el vestidito, señora!

MAT. ¿Le gusta á usted?

FLORO Precioso, preciosísimo, y le sienta á usted á las mil maravillas (Aparte.) Parece un guacamayo escapado de la jaula.

MAT. Es usted muy amable.

FLORO Justicia, y nada más que justicia; ya saben ustedes que digo siempre lo que pienso. (Antonio juega; Floro también, pero casi sin mirar el tablero.) La verdad que tiene usted delicadísimo gusto para combinar los colores.

MAT. Sí; la modista me ha comprendido; porque, es cierto, lo confieso, mía fué la idea. (Se sienta, poniéndose á bordar.)

FLORO ¡Ya decía yo!

ANT. Jaque á la reina.

FLORO (Fingiendo sorpresa.) ¿Cómo? (Aparte.) Al fin lo ha visto.

ANT. (Triunfalmente.) Jaque á la reina.

FLORO Muy malito estoy.

ANT. A ver como sale usted de ahí.

FLORO (Jugando.) Lo único que puedo hacer.

ANT. ¿Eso juega usted?

FLORO Claro.

ANT. (Jugando.) Entonces, jaque al rey.

FLORO ¡Canastos!

ANT. ¡Toma, pues si creo que es mate! ¿No?

FLORO (Aparte.) Ni siquiera está seguro.

ANT. Mate, mate. Sí señor, que lo es.

FLORO ¡Pues es verdad!

ANT. Vamos, que no puede usted conmigo. (Se levantan.)

FLORO ¿Sabe usted, amigo don Antonio, que si

llega á entrar en la milicia, nadie le gana á usted en cuestión de táctica y de estrategia?

ANT. ¿Cree usted?

FLORO Es el ajedrez imagen de la la guerra. Con usted ¡pobres enemigos!

ANT. (Con solemnidad.) Ingenio en las combinaciones, rapidez en el ataque y seguridad en el golpe de vista; este es mi secreto.

FLORO (Dándole la mano.) Muchas gracias por revelármelo.

ANT. Ahora estudiemos un poco. (Coge un libro grande que abre.)

FLORO ¡Vamos allá!

ANT. Estudiábamos la oferta y la demanda, que es la que fija las relaciones entre el productor y el consumidor, entre el comprador y el vendedor... ¿Está usted?

FLORO ¡Ya lo creo! (Aparte.) Tiene unos ricitos sobre la frente...

ANT. El valor de un artículo ó de un producto está en razón inversa de la oferta y en razón directa de la demanda.

FLORO (Aparte.) Pues y la cinturita y el cuerpecito esbelto y flexible....

ANT. ¿Me comprende bien?

FLORO ¡Muy bien!

ANT. Se vende, pues, un artículo tanto más caro cuanto es más pedido; y es tanto más barato un producto cuanto mayor sea la oferta de él.

FLORO Claro como el agua.

ANT. Pues bien... Para demostrarme que lo han comprendido, póngame usted un ejemplo.

FLORO ¿Un ejemplo?

ANT. Vamos á ver.

FLORO Perfectamente. Su hija... Cecilia... es una monada y ya es... casadera.

ANT. Bien, pero mi hija no es un artículo, ni un producto.

FLORO ¡Usted perdone! Es el producto de haberse usted casado con doña Matilde.

ANT. Cierto, pero...

FLORO ¡Sigo mi ejemplo! Es encantadora y casade-

ra. La ofrece usted ó se la piden. ¿La ha ofrecido usted? ¿Se la han pedido?

ANT. ¡Eso, me la han pedido!

FLORO ¿Cuántas veces?

ANT. Una, hombre, una sola.

FLORO ¿En qué precio?

ANT. ¿Pero qué está usted diciendo?

FLORO Estoy preguntando la fortuna que tiene el comprador... digo el que la ha pedido.

ANT. Diez mil duros; y un año con otro gana cuatro mil más.

FLORO ¡Bueno!... De modo que según lo que acaba usted de explicarme de la oferta, de la demanda... yde todo eso... Si saliera otro aficionado, ¿el producto aumentaría de valor?

ANT. Natural.

FLORO ¿Y habría que pagarlo más?

ANT. Ha comprendido usted perfectamente; sigamos...

FLORO ¡Poquito á poco! Pues bien, mi querido don Antonio, yo no son diez mil sino veinte mil los durillos que poseo; y al casarme me asociará mi tío á su negocio, lo cual representa unos seis mil duros de renta .. Tengo, pues, el honor de pedir á usted la mano de Cecilia.

MAT. ¡Ay, María Santísima!

ANT. ¿Habla usted formalmente?

FLORO ¡Como hay Dios!

MAT. ¿Se quiere usted casar con Cecilia?

FLORO No solo es mi sueño dorado, sino que es además vivo deseo de mi tío... (Aparte á Antonio.) de mi tío, su íntimo amigo y compañero de la infancia.

ANT. (A su mujer.) ¡Veinte mil duros!

MAT. (Bajo.) Y seis mil de renta.

FLORO (Aparte.) ¡Se han quedado pensativos!

ANT. (A su mujer.) ¡Qué lástima! (A Floro.) ¿Por qué no lo ha dicho antes? ¡Qué fastidio, qué fastidio!

FLORO ¿Están ustedes comprometidos?

ANT. ¡Hombre... sí!

MAT. ¡Es decir... sí!

FLORO ¿El producto está vendido?

ANT. Prometido.

FLORO En fin, no está entregado.

ANT. Pero es igual. ¿Cómo se puede uno volver atrás..?

FLORO Habiendo quien dé más.

ANT. Es verdad; sí... digo no; eso solo es aplicable á bienes inmuebles. No se puede usted figurar lo que esto me contraría. Pero y ese tío... su tío de usted, ¿por qué no me ha avisado con tiempo?

FLORO ¿De veras? ¿Hubieran consentido ustedes?

ANT. ¡Con mil amores!

MAT. Y aun ahora, crea usted que si de nosotros dependiera...

FLORO Razonemos; pensemos con serenidad. ¡Somos tres... contra dos... luego tenemos mayoría de votos!

ANT. ¡Sí!... ¡digo, no; qué demonio! ¿y la palabra empeñada?

FLORO ¡Verdad es!... Entonces, adiós para siempre...

MAT. ¿Pero se va usted?

FLORO ¡Qué remedio!

ESCENA III

FLORO, ANTONIO, MATILDE y CECILIA

CEC. Cómo, ¿Floro se quiere marchar?

FLORO Bastante lo siento.

ANT. ¡Apenas hemos desflorado la economía!

FLORO Crea usted que echaré mucho de menos sus lecciones.

CEC. ¿Y las de bicicleta?

FLORO Otro, con más derecho...

MAT. ¿Edmundo? ¡Si no sabe montar!

ANT. ¿Y el ajedrez? No se vaya usted aún.

FLORO En fin, me quedaré tres días más; ¡pero tres días solamente!

MAT. ¡Ah! ¡bravo! ¡bien!

ANT. ¡Gracias, muchas gracias!

FLORO (Aparte.) Esto marcha. Si pudiera ver á ese Edmundo... (Alto.) Voy á poner dos letras á

mi tío. Con permiso de ustedes. (Bajo á Antonio.) ¡Pobre tío! ¡Voy á darle un disgusto horroroso!

ANT. (Aparte á Floro.) No le diga usted... no afirme usted nada... escriba usted dudosa, vagamente...

FLORO (Bajo.) ¿Es decir, que usted cree que no debo perder la esperanza... que tal vez...?

ANT. (Bajo.) No digo eso... no sé... pero mientras Cecilia no esté casada... Además, que siempre estará usted á tiempo para... contárselo á su tío.

FLORO (Bajo.) ¡Seríamos tan dichosos todos!

ESCENA IV

ANTONIO, MATILDE y CECILIA

ANT. ¡Qué simpático muchacho!

MAT. ¡Rico!

ANT. ¡Listo!

MAT. ¡Amable!

ANT. ¡Espabilado!

MAT. ¡Divertido!

ANT. ¡Bien educado!

MAT. ¡Discreto!

ANT. Este, éste sería un yerno á pedir de boca.

MAT. ¡El bello ideal!

CEC. (Sorprendida.) Pero... ¿y el otro? Edmundo. ¿Nadie se acuerda de él?

ANT. ¡Ah! ¡Si no fuera por tí!

MAT. ¡Si no te importase mucho!

ANT. ¡Si no estuvieras muy interesada!

MAT. ¡Si no le quisieras!

ANT. Pronto le despachábamos,

MAT. ¡Y con viento fresco!

CEC. ¡Pero es que Edmundo me gusta; es que le quiero! Antes les gustaba á ustedes mucho; parecían ustedes muy contentos.

MAT. Porque no conocíamos á Floro. Reflexiona, Cecilia. Floro tiene muchísimo más dinero.

CEC. Edmundo no es pobre.

ANT. ¡Psch!... ¡Diez mil duros!

MAT. ¿Qué es eso en estos tiempos?
ANT. ¡Una porquería!
MAT. ¡Nada!
CEC. Su carrera es bonita.
MAT. ¡Pscht!... ¡Arquitecto!
CEC. De porvenir.
ANT. ¡Pscht! ¡Cuando el alcalde haga todo lo anunciado, que lo que es entre tanto!...
MAT. Pasará el día en los andamios... ó sobre los tejados como los gatos.
ANT. Eso sí, ocupa una elevada posición.
CEC. ¡En fin, yo le quiero!
ANT. Esa, esa es la única razón... medio formal.
CEC. ¡Y no querré nunca á Floro!
MAT. Eso es muy bonito, sí; ¡el cariño!... pero pasa, mientras que el dinero...
CEC. (Con ternura.) ¿De modo que por eso se casó usted con papá?
MAT. ¡Oh, no!
CEC. ¿Entonces fué porque le quería usted mucho?...
MAT. ¡Unicamente por amor!
CEC. ¿Y lo ha sentido después?
MAT. ¡Nunca!
CEC. Entonces, ¿por qué no quiere usted que, siguiendo su ejemplo, sea dichosa?
ANT. Hija mía, queremos hacerte aprovechar nuestra experiencia de la vida.
MAT. No se piensa lo mismo á los cincuenta que á los veinte años.
CEC. (Con gravedad.) Tiene usted razón, mamá. (La abraza.)
ANT. ¡Toma!
CEC. Y prometo pensar lo mismo que usted cuando llegue á su edad, (Riendo.) pero hoy por hoy, pienso como cuando tenían mis años. (Sale riéndose por la derecha.)
ANT. (Sonriéndose.) Y á esto ¿qué se responde?
MAT. ¡Nada evidentemente! ¡Qué hemos de contestar, si ella tiene razón! Si Edmundo quiere á nuestra Cecilia...
ANT. ¡Ahí está! .. Pero ¿la querrá bastante?

ESCENA V

ANTONIO, MATILDE, EDMUNDO. Edmundo entra por el foro dejando caer la maletilla que traía en la mano. Al ruido se vuelven Antonio y Matilde.

ANT. ¿Eh?

MAT. ¡Ah! ¿Qué pasa?

EDM. ¡Mil perdones! Soy yo que... (Coloca la maleta sobre la silla pintada de rojo.)

MAT. ¡Usted, Edmundo!

ANT. ¡Ya!

MAT. ¡Tiene usted un modo de anunciarse!...

EDM. La maletilla se me escapó de la mano; como traigo tanta cosa...

ANT. Le esperábamos dentro de ocho días.

EDM. ¡Es verdad! Pero afortunadamente todo ha sido más deprisa de lo que yo pensaba: (Saluda a Antonio dándole la mano, después á doña Matilde.) Usted, mi señora doña Matilde, siempre tan robústa.

MAT. (Aparte.) ¡Me llama gorda!

EDM. ¡Y qué vestido!

MAT. ¿Le gusta á usted?

EDM. Le sienta muy bien, es cierto, pero es una lástima que los colores...

MAT. ¿Qué?

EDM. ...¡Sean tan chillones!...

MAT. (Secamente.) De mal gusto; vamos, acabe usted.

EDM. ¡Oh! No me hubiera permitido decirlo, pero...

MAT. Afortunadamente, no todos piensan lo mismo. (Se sienta y vuelve á coger su bordado.) ¡Mal educado!

ANT. (Aparte.) ¡Como oportuno... es oportuno!

EDM. (Aparte.) ¡No parece satisfecha la buena señora! (A Antonio que se halla junto al tablero de ajedrez.) ¿Ha tenido usted partida, eh?

ANT. ¡Sí; y he ganado!

EDM. ¡Bah! (En tono de duda.)

ANT. ¿Qué, le sorprende á usted?

EDM. (Protestando.) ¡Oh! ¿Con quién?

ANT. ¡Con un primer espada! Le he ganado con una jugada... magnífica. (*Sentándose.*) Póngase usted ahí, y verá. (*Se sienta Edmundo enfrente.*) Así estaban las piezas. (*Las coloca.*) ¡Eso es!... Pues él jugó su caballo... aquí.

EDM. ¡Quiá!

ANT. ¿Cómo, quiá?

EDM. ¡No es posible!

ANT. ¿Y por qué no es posible?

EDM. Porque descubría su reina.

ANT. ¡Si es un maestrazo!

EDM. ¡Una calabaza!

ANT. ¡Sin duda preparaba otro golpe! No sabe usted lo que juega ese hombre!... Entonces yo, ¿qué dirá usted qué he hecho? ¿No lo adivina? ¿No lo ve?...

EDM. No.

ANT. (*Jugando.*) Nada más que esto: Jaque al rey!... ¡Eh! ¿qué le parece?

EDM. ¡Un disparate!

ANT. ¿Usted cree?

EDM. ¡Naturalmente! Mire usted, tapo mi rey con el arfil, y le doy jaque doble. (*Haciendo la jugada.*)

ANT. (*Furioso se levanta tirando todas las piezas del ajedrez.*) ¡Bueno! Basta ¿eh?

EDM. (*Sorprendido.*) Pero ¿qué...?

ANT. Nada; ¡juega usted perfectamente! ¡Mejor que nadie! ¡Estamos en ello! ¡Conformes! ¡Basta!

EDM. (*Aparte.*) Pero ¿qué mosca le ha picado?

(*Entra Cecilia por la derecha.*)

ESCENA VI

DICHOS, CECILIA, después FLORO.

CEC. ¡Hola, Edmundo!

EDM. ¿Qué tal, Cecilia?

CEC. ¡Qué sorpresa tan agradable!

EDM. He podido venir antes de lo que pensaba.

CEC. ¡Qué gusto!

EDM. ¿De veras, te alegras?

CEC. Pues ya lo creo, y tú... ¿estás contento?

EDM. Lo estaba tanto, que inmediatamente, pensando en tí, compré un insignificante recuerdo que te ruego aceptes. (Dándole un estuche.)

CEC. ¡Qué bonita sortija! No sé... si debo.. ¡Una esmeralda! ¡Qué bueno eres! Muchas gracias. ¡Mire usted, mamá!

MAT. (Con tono despreciativo.) ¡En efecto, es bonita! me hubiera gustado más un topacio.

EDM. ¡Ah!

ANT. (Mirando la sortija, en el mismo tono.) Yo hubiera preferido una perla

EDM. ¡Ah!

CEC. ¡Bueno! pero siendo para mí la sortija... encuentro que Edmundo la ha escogido muy bien.

EDM. (Muy contento.) ¡Gracias, Cecilia!

FLORO (Entrando por la izquierda.) ¡Vaya, ya está!... ¡Oh! ustedes perdonen...

ANT. Puede usted entrar, querido Floro. (Haciendo la presentación.) ¡El Sr. Floro Rodríguez; don Edmundo Mauro, arquitecto... distinguido... naturalmente!

CEC. ¡Mi novio!

FLORO No me engaño... ¡él es!.. ¡Es Cordero!

ANT., MAT., CEC. ¿Cordero?

FLORO ¡Manso Cordero, ven á mis brazos!

EDM. ¡Floro! (Se abrazan.)

FLORO ¡Quién había de decir! ¡Aprieta, manso Cordero, aprieta!

EDM. Celebro tanto...

ANT. ¿Se conocían ustedes?

FLORO ¿Si conozco á Cordero? Pero si hemos pasado juntos lo que se ha convenido en llamar lo mejor de la vida: los años de colegio. ¡Qué tiempos aquéllos! ¿verdad manso Cordero?

EDM. Cierto que...

FLORO Y yo te defendía, ¿te acuerdas? ¡Sí; le defendía porque era más tímido que una niña y más cobarde que una rata!

CEC. (Indignada.) ¡Vamos!

EDM. Quiere decir que...

FLORO ¡No es una deshonra! ¡Eres pacífico, no te gusta la lucha... no es culpa tuya!

CEC. (A Edmundo.) ¡Defiéndete! ¡Dí algo! ¡Contesta!

EDM. ¿Defenderme? ¡Pero si nadie me ataca!

ANT. Pero ¿por qué le llama usted Cordero, manso Cordero?

FLORO Por costumbre.

ANT. ¿Desde cuando?

FLORO ¿No les ha dicho á ustedes?... (A Edmundo.) ¿No has contado...?

EDM. No.

FLORO Manso Cordero era su mote en el colegio.

ANT. (Con ironía.) Ese detalle lo ignorábamos.

EDM. ¡No tiene nada de particular! ¡Era yo muy dócil, muy tranquilo!...

MAT. ¡Pues no ha cambiado usted!

EDM. Mis profesores me querían mucho.

FLORO Un compañero un día en lugar de Mauro leyó Manso ..

EDM. Otro gritó: ¡Cordero!... y el mote me quedó.

ANT. (Irónico.) ¡Qué monada!

EDM. ¡Manso Cordero! El mote era inocente; además todos tenían alguno; (A Floro.) tú: marmota; por lo dormilón que eras.

CEC. (Riendo.) ¡Já, já, já, marmota!

MAT. (Con severidad.) ¡Niña! ¿Qué significa?...

FLORO (Furioso.) ¡Pero el que se atrevía á llamarme así se la ganaba!

ANT. (Viendo la maleta.) ¡Anda salero! ¿quién será el mameluco que ha puesto una maleta sobre esta silla?

EDM. ¡Yo he sido!

ANT. ¡No me sorprende!... Pero hombre, ¿no ve usted que no está seca?

EDM. ¡Ah! ¿Es usted quien pinta?

CEC. Es un nuevo sport de papá; pinta los muebles.

EDM. ¡Excelente distracción!

FLORO ¿Con que eres arquitecto?

EDM. Y te ofrezco mis servicios. Y tú ¿qué haces?

FLORO Yo ayudo á mi tío, que me piensa asociar á su negocio.

EDM. ¿En qué se ocupa?

FLORO En hacer jabones.

EDM. ¡Qué asco! Prefiero mi ocupación.

FLORO ¡Seis mil duros al año, *camará!*

EDM. Sí; no lo dudo; pero no cambio. (Cogiendo su maleta.) ¡Vaya, subiré estos trastos; con permiso de ustedes.

MAT. Al segundo, ¿eh?... El cuarto del piso principal lo ocupa Floro.

EDM. ¡Bien!

CEC. Yo voy al jardín á regar mis plantas. ¿Me querrás ayudar, Edmundo?

EDM. Con muchísimo gusto. (Sale por la izquierda. Cecilia por el foro.)

ESCENA VII

FLORO, ANTONIO, MATILDE

FLORO ¡Pobre Cordero! Sigue igual.

MAT. Desgraciadamente. ¡Es un bobo!

ANT. ¡Un lila!

MAT. ¡Un memo!

ANT. ¡Un simple!

FLORO Lo juzgan ustedes con severidad.

ANT. A ese Cordero cualquiera lo esquila.

MAT. Todo bicho viviente hará con él la pascua.

FLORO Pero si Cecilia le quiere...

ANT. (Resuelto.) Esa boda es imposible.

MAT. (Lo mismo.) No podemos aprobarla.

FLORO Me temo que les cueste trabajo convencer á Cecilia.

ANT. De eso me encargo yo.

FLORO Tiene ella toda la decisión que á Cordero le falta.

MAT. Pero ante todo es obediente.

FLORO Creo mejor, sin embargo... no atacar de frente, no precipitar las cosas, no hablar de ruptura, sino de... aplazamiento.

ANT. Esa es una buena idea. Y respecto de Edmundo...

FLORO (Encogiéndose de hombros.) ¡Oh! ¡Lo que es él!

ANT. ¿Cree usted que no dirá nada?

FLORO ¿Cordero? Ni balará siquiera.

MAT. Es que no le va á gustar; si se pica..

FLORO Que se rasque. ¿Y qué?

ANT. No tiene usted miedo...

FLORO ¡Miedo yo... de un manso Cordero; vamos! Como chiste siquiera... me lo meto en un bolsillo, me lo como, me lo fumo... (Entra Cecilia por el foro trayendo dos plantas.)

MAT. (Bajo.) ¡Silencio! ¡Cecilia viene!

ANT. (A Floro.) ¡Déjenos solos con ella!

FLORO ¡Hasta luego! (Aparte.) ¡Esto va bien! (Sale por el foro.)

ESCENA VIII

ANTONIO, MATILDE, CECILIA

CEC. (Colocando las plantas á la derecha.) Así, aunque sea fría la noche, mis plantas no se helarán. (Va á salir por el foro.)

ANT. ¡Quédate, Cecilia!

MAT. Tu padre y yo tenemos que hablarte.

ANT. Muy seriamente.

CEC. ¿Tan grave es ello?

MAT. Y tanto. ¡Como que se trata de tu felicidad!

ANT. ¿Nos quieres mucho?

CEC. ¿Lo dudan ustedes?

MAT. Nosotros también te queremos mucho. (La besa.)

CEC. Ya lo sé, mamá.

MAT. Prométenos tener calma.

CEC. ¿Pero, para qué?

ANT. ¿Tienes confianza absoluta en nosotros?

CEC. ¡Pues ya lo creo!

ANT. En ese caso déjanos completa libertad de acción. La perspicacia de los padres debe acudir en auxilio de la inexperiencia de los hijos.

CEC. ¿Sí, eh? No entiendo ni una jota de lo que está usted diciendo.

ANT. Quiero decir que lo hemos pensado mejor.

y encontramos que eres demasiado niña para casarte.

CEC. ¡Si tengo diez y nueve años!

MAT. ¡Aún no!

CEC. Los cumplo á fin de mes.

ANT. ¿Y crees tú que á los diez y nueve años se sabe bastante de la vida para ser: ama de casa, esposa modelo y madre de familia? ¡Qué conoces tú, pobrecita mía! De todo eso, nada, nada, absolutamente nada.

MAT. Y si fueras luego desgraciada, ¡qué remordimiento para nosotros!

ANT. ¡Y qué responsabilidad!

CEC. En dos palabras: no les gusta ya Edmundo, y quieren ustedes que me case con Floro.

MAT. No, no hablamos ahora...

CEC. Soy muy niña para casarme con Edmundo. pero no lo sería tanto si se tratase del otro.

ANT. Al fin y al cabo, Floro es un hombre.

CEC. ¿Pues y Edmundo?

ANT. ¡Un manso Cordero! (Pausa.) Además, así tienes tiempo de conocer más á Edmundo.

CEC. (Con frialdad y resolución.) Como ustedes manden; pero quisiera hablarle.

ANT. Como gustes; le dices que es un aplazamiento nada más...

CEC. ¡Sí, ya sé! (Entra Edmundo por la izquierda.)

ANT. Os dejamos. ¿Vienes, Matilde?

MAT. Está afligida la pobrecilla.

ANT. Ya se le pasará... Por su bien lo hacemos. (Salen los dos por el foro.)

ESCENA IX

CECILIA y EDMUNDO

EDM. Parecen huir de mí tus padres, ¿qué sucede?

CEC. (Muy nerviosa.) Sucede... que ya no les convienes como yerno.

EDM. ¡Cielos!

CEC. Les gusta más tu amigo Floro.

EDM. ¡No es posible!

CEC. Así es. Los ha conquistado dejándose ganar al ajedrez por papá y alabando los vestidos de mamá. ¡Ah! ¡Es más pillo que tú!
EDM. (Cayendo desplomado en una silla.) ¡Dios mío!
CEC. ¿Qué te pasa?
EDM. No sé; creo que me estoy poniendo malo.
CEC. (Aburrida.) En buena ocasión.
EDM. No es para menos.
CEC. ¡Vamos, hombre, levántate! ¡Haz algo!
EDM. Estoy aplanado.
CEC. (Pellizcándole.) ¡Arriba!
EDM. ¡Uy, uy! (Se levanta.)
CEC. ¿Pero tienes sangre de horchata? Yo, en tu lugar... Papá tenía razón; ¡no eres un hombre, eres un manso cordero!
EDM. ¡Ah! ¿Con que tu padre?... (Enérgico.) ¡Cecilia! ¡Habla! ¿Qué debo hacer?
CEC. ¿Cómo?... ¿No lo sabes?
EDM. Sí... pero...
CEC. Te quieren quitar la novia, separarte de la que amas... ¿y no sabes qué hacer?
EDM. (Con energía.) Sí, lo sé.
CEC. ¡Al fin!
EDM. ¡Te robo!
CEC. ¿Cómo?
EDM. Te cojo y te llevo lejos... muy lejos.
CEC. ¡Ah, eso no!
EDM. ¿Rehusas? ¿No querías energía?
CEC. Pero no tanta.
EDM. ¡Estoy decidido á todo antes que á perderte!
CEC. ¡Así me gusta!
EDM. Tienes razón; he sido demasiado débil hasta ahora, demasiado... bueno. Pero se acabó, ¡y desgraciado del que se atreva á toserme!
CEC. ¡Bravo!
EDM. ¿Energía?... la tendré. ¿Valor?... ya verás. Por de pronto... (La besa.)
CEC. ¡Edmundo! (Otro beso.) ¡Por Dios! (Otro beso.) ¿Qué haces?
EDM. Me ejercito. Bastante tiempo me he aguantado.
CEC. ¡Ten calma!
EDM. ¡Imposible! ¿No eres mi novia? (Queriendo abrazarla y besarla nuevamente.)

CEC. (Escapándose.) ¡Menos fuego, Edmundo!

EDM. ¡Imposible! repito. Quieren separarte de mí, arrancarte de mis brazos, casarte con ese fatuo é imbécil... (Abrazándola.) ¡Que vengan... que se atrevan!

CEC. ¡Ay! ¡que me ahogas! ¡No aprietes tanto!

EDM. Mira, Cecilia, creo que me volvería loco si me quisieran separar de tí; eres mi ideal, mi... todo en el mundo; sólo por tí vivo...

CEC. ¿Y si hay dificultades?

EDM. Las venzo.

CEC. ¿Si se presentan obstáculos insuperables?...

EDM. Salto por encima.

CEC. ¿Sí Floro?...

EDM. Lo mato.

CEC. Si mis padres...

EDM. Estoy resuelto; corto por lo sano. ¡No me conocen! Ni yo mismo me reconozco. ¡Ya verán! Sólo te pido una cosa.

CEC. ¿Y es?

EDM. Que me dejes abrazarte.

CEC. ¿Más aún?

EDM. Sí, más, siempre.

CEC. ¡Que nos van á ver!

EDM. ¡Mejor!

CEC. (Mirando al foro.) ¡Que viene papá!

EDM. ¡Mejor que mejor! (Se arrodilla delante de ella y le besa las manos.)

CEC. Que nos está viendo.

EDM. Me alegro. (Entra Antonio.)

ESCENA X

EDMUNDO, CECILIA, ANTONIO, después MATILDE

ANT. ¿Qué significa?...

EDM. ¡Nada! (Sigue besando las manos.)

ANT. ¿Qué hace usted ahí besuqueando?

EDM. ¡Nada! (Besando siempre.) ¿Qué tiene de particular?

ANT. Pues sí que es particular...

EDM. ¿Usted cree?...

MAT. (Entrando por el foro.) ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

ANT. Que he sorprendido á este caballerete besando á Cecilia.

EDM. Eso es.

MAT. ¡Oh! (A Cecilia.) ¿Has consentido?...

CEC. Sí.

MAT. (Aparte.) ¡Desgraciada! (A Cecilia.) Déjanos solos.

ANT. (Trágico.) Tenemos que hablar con el señor.

EDM. (Lo mismo.) Lo mismo digo. Valor, Cecilia, tú serás mi mujer.

ANT. ¡Eso lo veremos!

EDM. ¡Vaya si lo verán ustedes!

ESCENA XI

EDMUNDO, ANTONIO, MATILDE

ANT. Me petrifica la sorpresa.

EDM. Adiós, Loth.

MAT. El disgusto me ahoga.

EDM. Será el corsé.

ANT. Usted tan bien educadito, tan dulce...

MAT. Tan pacífico...

EDM. Tan memo, vamos. Pues... se acabó.

ANT. Le rogaré que baje el diapasón, porque no tengo costumbre...

EDM. Ya se irá usted haciendo.

ANT. En ese caso me retiro, mi dignidad no me permite continuar.

EDM. Lo que es la dignidad de usted...

ANT. ¡Ah! ¿Busca usted una cuestión?

MAT. ¡Por Dios, Antonio!

EDM. Busco una explicación.

ANT. ¿No le ha dicho ya Cecilia?...

EDM. Sí, señor.

ANT. Pues nada tengo que añadir.

MAT. Absolutamente nada.

EDM. Pues oígalo usted bien, ó me caso yo con Cecilia ó no se casa con nadie.

ANT. ¿Cómo? (Asustándose.)

MAT. ¿Qué dice usted?

EDM. Lo que pienso.

ANT. (*Aparte.*) Tal decisión...

MAT. (*Aparte.*) Tal energía...

EDM. Me concedieron ustedes su mano; ó cumplen su palabra ó... á nadie vuelven á engañar.

ANT. ¿Nuestra palabra?...

MAT. ¿Qué dice usted?

EDM. Lo que me da la gana. (*Antonio y Matilde se miran asustados.*) Eso. (*Aparte.*) Los he acoquinado.

ANT. (*Con amabilidad.*) No nos entendemos, querido Edmundo.

EDM. Perfectamente.

MAT. (*Con dulzura.*) Cecilia sola decidirá...

EDM. Cecilia me quiere; pero ustedes desean casarla por fuerza con Floro. ¡Padre desnaturalizado, madre sin entrañas! ¿por qué quereis sacrificar á vuestra hija?

ANT. ¿Yo?...

MAT. Ni yo...

EDM. Porque Floro, adorando al santo por la peana, ha adulado á ustedes; (*A Antonio.*) porque se deja ganar al ajedrez...

ANT. (*Picado.*) Diré á usted...

EDM. (*A Matilde.*) Porque se extasía delante de mamarrachescos vestidos...

MAT. ¡Por Dios!

EDM. ...Ustedes sacrifican á su hija.

ANT. Repito que Cecilia hará lo que quiera.

MAT. Que mantenemos nuestra palabra.

ANT. (*Amable.*) Pero usted se excita...

MAT. (*Lo mismo.*) Y no hay medio de entenderse.

EDM. Yo me entiendo.

ANT. (*Aparte.*) Y baila solo.

EDM. De modo que Cecilia no se casa con dos.

MAT. ¿Con dos?

ANT. No comprendo.

EDM. Que aquí sobra uno... Floro.

MAT. Pero...

ANT. Usted...

EDM. ¿Cómo?

ANT. Que usted no sabe lo difícil que será decirle...

EDM. Pues en seguida tiene que irse con la música á otra parte.

ANT. La educación, la más elemental educación...

EDM. Dentro de cinco minutos... concedo á usted todo ese tiempo... quiero verlo de patitas en la calle.

ANT. ¿No sería mejor...?

EDM. (Por el foro.) ¡Allí está!... Lo llamaré...

MAT. Querido Edmundo, piensa...

EDM. (Llamando.) ¡Floro, Floro!

ANT. } Pero...
MAT. }

EDM. (Trágicamente.) Yo me entiendo! (Sale por la izquierda.)

ANT. El siempre se entiende, pero el demonio que lo entienda.

MAT. Antonio ¡ay! le creo capaz de cualquier barbaridad.

ANT. ¡Qué cambio!

MAT. No hay que dudar un momento.

ANT. ¡Cinco minutos! En fin, ¡pobre Floro!

MAT. ¿Y si se incomoda, si también nos amenaza...?

ANT. ¡Pobre de él! Ya estoy harto; ya vería.

MAT. ¿Qué harías, dí?

ANT. Yo... largarme contigo y con Cecilia, y dejarles que se las compusieran solos.

MAT. Se destrozarían, se matarían.

ANT. Y con el menos deteriorado casaría á mi hija. (Entra Floro por foro.)

ESCENA XII

ANTONIO, MATILDE y FLORO

FLORO ¿No era Cordero quien me llamaba?

ANT. Cordero, sí... (Corrigiéndose á escape.) Edmundo, sí, Edmundo. (Aparte.) Apuesto que está escuchando. (Alto.) El era quien llamaba, pero somos nosotros los que tenemos que hablar con usted.

FLORO ¡Ah!

MAT. Sí.

FLORO Pues ya escucho.

ANT. (Aparte.) Cualquiera le dice.... (Mirando el reloj.) ¡Cinco minutos!

FLORO ¿Qué pasa? Están ustedes...

ANT. (En voz baja.) Sí. . es que Edmundo...

FLORO ¡Cordero! Cordero se ha permitido...

ANT. ¡Chist!

MAT. ¡Por Dios! bajito.

FLORO (Sorprendido.) ¿Por qué?

ANT. (Muy fuerte y vuelto hacia la puerta de la izquierda.) Sí; Edmundo, el simpático Edmundo, que tanto quiero, que esta admira, que Cecilia adora...

FLORO ¿Eh? ¿Qué dice usted?

ANT. (Distraído á Floro.) Cuatro minutos... digo... ¡Chist, bajito!

MAT. ¡Cuidado!

FLORO ¿Qué sucede?

MAT. (Muy bajito.) ¡Ay, amigo mío!

ANT. (Fuerte, izquierda.) El bueno de Edmundo...

FLORO (A Matilde.) Hable usted pronto.

MAT. Se ha puesto furioso...

FLORO ¿Quién?

MAT. Nos ha amenazado ..

FLORO ¿Pero quién? ¿Quién?

MAT. Pues Edmundo, hombre. (Floro se echa a reir.)

ANT. (Como antes.) El excelente Edmundo.

FLORO (Riendo.) ¿Cordero? ¿El manso Cordero? ¡Me hubiera gustado verlo!

ANT. (Bajito) ¡Calle usted, por Dios!

MAT. Va usted á tener la culpa de una catástrofe.

FLORO ¿Cuáles fueron sus amenazas?

MAT No lo sé á punto fijo.

ANT. ¡Vagas, vagas! (Mirando el reloj. Aparte.) ¡Tres minutos!

MAT. Parecía un energúmeno.

ANT. No nos llega la camisa al cuerpo.

FLORO (Riendo) Un Cordero rabioso. ¡Uf!

ANT. (Gritando equivocado.) Un excelente Cordero!

MAT. (Asustada.) ¿Qué dices?

ANT. (Corrigiéndose.) Edmundo, el simpático Edmundo.

FLORO Una de dos: ó se ríen ustedes de mí, ó él se ha reído de ustedes.

MAT. Si lo hubiera usted visto no diría eso.

FLORO Bueno. Me querían ustedes hablar: ¿de qué se trata?

ANT. De los dos minutos. (Mirando el reloj.) Mira, díselo, Matilde.

MAT. ¡Ah, no! Mejor se lo dices tú.

FLORO ¿Tan difícil es?

ANT. Mi querido Floro... (Aparte.) ¿Cómo dorarle la píldora?... (Alto.) Me permite usted que le llame querido, ¿eh?

FLORO Celebrándolo mucho.

ANT. Pues, bien; Floro, Florito, le quiero á usted mucho, me gusta usted mucho... (Aparte.) ¡Falta un minuto!

FLORO ¡Mucho, mucho!

ANT. Es usted muy simpático.

FLORO Es amabilidad.

ANT. Justicia. Hombre, si ahora estuviera yo en su caso, ¿á que no sabe usted lo que haría? Marcharme.

FLORO ¿Cómo?

ANT. Como alma que lleva el diablo.

FLORO ¿Acaso?... (Entra Edmundo por la izquierda.)

ESCENA XIII

DICHOS: EDMUNDO

EDM. (Furioso.) Han transcurrido los cinco minutos. (Mirando á Floro.) ¿Aun aquí?

ANT. Se marcha, se marcha ahora mismo.

FLORO ¿Yo? ¡Huir de un cordero!

EDM. ¿No quieres irte? ¡Pagarás por todos! (Coge dos espadas de una panoplia.)

MAT. ¡Cielos!

ANT. ¡Detente, Edmundo!

FLORO ¡Se ha vuelto loco!

EDM. (Dándole una espada.) ¡Defiéndete; me has insultado!... ¡En guardia!

FLORO ¿Y si no quiero?

EDM. Peor para tí; te trincho.

FLORO (Defendiéndose por fuerza.) ¡Es una tontería! ¡Basta de broma!

EDM. (Atacando.) ¡Sangre! ¡Quiero sangre!... ¡Toma, defiéndete, marmota!

FLORO (Reculando siempre.) ¡Está ciego, deténganle ustedes!

ANT. ¡Edmundo, Edmundo!... (Cae desplomado en una silla.)

MAT. ¡Ah! (Cayendo en otra silla.)

EDM. (Atacando siempre.) ¡Te batirás al fin, cobarde!

FLORO ¡Socorro!... ¡Al loco! (Desaparece por el foro, perseguido por Edmundo.)

MAT. ¡Antonio!

ANT. ¡Matilde!

MAT. ¡No puedo moverme!

ANT. ¡Ni yo!

MAT. ¡Qué horror!

ANT. ¡Qué terror... y qué furor!

MAT. ¡Cualquiera casa á su hija!

ANT. Por fortuna, es única!

MAT. ¡Vaya un Cordero!

ANT. ¡Qué marmota!

ESCENA XIV

DICHOS y CECILIA

CEC. ¿Qué es esto? ¿Qué les pasa á ustedes?

ANT. ¡Ay, Cecilia!

MAT. ¡Hija mía!

CEC. ¿Qué?

MAT. ¡Edmundo!..

ANT. ¡Floro! ..

CEC. ¿Qué? Digan pronto.

ANT. Están batiéndose.

CEC. ¡Oh!

MAT. Matándose.

CEC. ¡Corramos! (Entran Edmundo y Floro por el foro, batiéndose siempre.)

EDM. ¡Aguarda, pillo!

FLORO ¡Estoy perdido!

CEC. ¡Edmundo!

EDM. (Se tira á fondo volcando el tarro de pintura.) ¡Chúpate esa!

FLORO ¡Me ha matado!

ANT. (Señalando la espada de Edmundo.) ¡Sangre!

CEC. ¿Dónde?

ANT. En la espada.

FLORO ¡Sangre! ¡Ah! (Cayendo desmayado en el suelo.)

EDM. ¡Sangre! ¡Dios mío!

CEC. ¡Pierde el sentido! (Coge una botella de agua y humedece las sienes de Floro.)

EDM. ¡Floro!

MAT. ¡Asesino!

EDM. ¡No es posible!

ANT. ...¡Y mi pintura... que han volcado!

EDM. (Mirando su espada.) ¿Qué?... ¡Eso es! ¡esto es pintura; y Floro no tiene más que miedo!

CEC. ¡Chist! ¡Silencio!

FLORO ¡Ah! (Incorporándose.)

EDM. Pobre amigo, ¿cómo estás?

FLORO ¡Mal! ¡muy mal!

EDM. ¡Quiá, hombre!

FLORO ¡Sí, me muero!

ANT. ¿Dónde le duele á usted?

FLORO No lo sé; me desangro. (Mirando la pintura.) ¡Oh!

EDM. ¿Qué?

FLORO ¡Ahí .. mi sangre!

CEC. ¡Qué colorada!

FLORO ¡Como que era yo muy robusto!

MAT. Parece pintura.

ANT. ¡Como que lo es! ¡Rojo... bestial!

FLORO ¿Está usted seguro?... Entonces... yo... (Se palpa y se pone en pie)

EDM. ¡Ni un rasguño!... pero mucho miedo, chico; este clima no te conviene para la convalecencia

FLORO Hace una hora que me hubiera ido de no impedírmelo estos señores... y la misma Cecilia.

CEC. (Con picardía.) ¡Hice mal! ¿Me perdona usted?

EDM. No te hagas desear allá; tu tío, y los jabones te esperan

ANT. (A Floro.) ¿Eh?... ¡Se lo quería usted fumar!

FLORO Quién había de pensar que rabiaría un cordero...

ANT. ¡La rabia del cordero... es la peor! con que no vuelva usted por lana.

EDM. Mi rabia es pasajera;
para curarla
el autor me receta
vuestras palmadas;
conque sed buenos,
(Haciendo ademán de aplaudir.)
y yo seré cual antes
manso cordero.

TELÓN